

España: la memoria en disputa

Autoría: Francisco Martínez Hoyos

Afiliación: Doctor en Historia

SECCIÓN	PÁGINAS	IDENTIFICADOR
Divulgación y revisión	259-274	TDL-82-2024-259-274

TIPO DOCUMENTAL

Historia contemporánea y memoria

RESUMEN DOCUMENTAL

Ensayo sobre los usos públicos de la memoria histórica en la España contemporánea. Partiendo de la polarización política actual, el autor revisa la Guerra Civil, el franquismo, la Transición, la reconciliación y los debates sobre víctimas y responsabilidades. El artículo advierte contra la instrumentalización partidista del pasado y propone distinguir memoria e historia para abordar de forma crítica y plural los conflictos que siguen condicionando el debate público.

PALABRAS CLAVE

memoria histórica · España · Guerra Civil · franquismo · Transición · polarización · historia contemporánea

CITA BIBLIOGRÁFICA

Francisco Martínez Hoyos. «España: la memoria en disputa». Torre de los Lujanes, n.º 82, 2024, pp. 259-274. ISSN 1136-4343.

España: la memoria en disputa

Por
**Francisco
Martínez Hoyos**

Doctor en Historia

España ha llegado a 2023 en medio de la crisis política. Las redes sociales arden, en las calles se alzan pancartas con mensajes de una inaudita agresividad, como ese que sugiere al presidente del gobierno, Pedro Sánchez, que tome ejemplo de Judas y se ahorque, mientras se grita que es una lástima que la madre Santiago Abascal, el líder de Vox, no tuviera la posibilidad de abortar. En medio de tanta polarización, es lógico pensar, con el historiador Andreu Navarra, que la actual Constitución, más que sellar la paz entre las dos Españas, marcó un simple armisticio, opinión que ya antes, en 2000, había expresado el hispanista Herbert R. Southworth al referirse con ese mismo término, «armisticio», a la reconciliación nacional.¹ En medio de la

¹ Espinosa; Portilla; Viñas, *Castigar a los rojos*, pp. 39-40.

guerra constante entre banderías, las distintas versiones del pasado colisionan entre sí, más como instrumentos de una contienda cultural, de una pugna por establecer un relato hegemónico, que como intentos de discernir como fueron de verdad los hechos. Unos y otros se acuerdan de sus muertos a la vez que miran hacia otro lado cuando son los suyos los que cometieron algún tipo de atrocidad, cuando lo verdaderamente educativo, en palabras de Todorov, sería advertir que nuestro grupo «no fue ni puro heroísmo ni solo víctima».²

Pero, entre tanto maniqueísmo, también hay quien se pregunta si no sería mejor ser los hijos de la democracia a ser los nietos de la guerra civil.³

No existe nada parecido a un consenso acerca de cómo superar un pasado traumático que se resiste a pasar. Lo comprobamos en *Franco desenterrado*, un magnífico libro de entrevistas en el que el hispanista holandés Sebastiaan Faber habla con diversas personalidades de distintos campos. Así, mientras Emilio Silva reclamaba algún tipo de informe oficial sobre quienes fueron los verdugos del franquismo, Ricard Vinyes considera inútil gastar dinero público en establecer una comisión de la verdad: «La idea de que el Estado debería adoptar una interpretación determinada del pasado es inaceptable».⁴ Según Vinyes, los historiadores saben ya todo lo que se puede saber sobre la Guerra Civil y la dictadura, con una profundidad que supera a la de comisiones como las de Argentina, Chile o Perú.

Existe otra acusada controversia sobre hasta qué punto el franquismo persiste o no. Para unos, está claro que constituye un elemento sin ninguna vigencia en el presente, sobre todo a juzgar

² Todorov, *Los usos de la memoria*, p. 50.

³ Molino, *Un tal González*, p. 18.

⁴ Faber, *Franco desenterrado*, pp. 176-177.

como España es abiertamente progresista en cuestiones como los derechos de los homosexuales. Otros, por el contrario, piensa que falta mucho aún para erradicar por completo el legado de la dictadura, el denominado «franquismo sociológico».

«El franquismo nunca se fue», dice, sin ir más lejos, la feminista Cristina Fallarás. Las disfunciones de la democracia, como la corrupción, o el auge de la ultraderecha de Vox, parecen dar la razón a esta visión pesimista. La herencia de la dictadura se notaría en el éxito de personajes impresentables como Jesús Gil, presidente del Atlético de Madrid y alcalde de Marbella. Pero... ¡Los italianos colgaron a Mussolini y no les ha impedido sufrir a un líder tan cuestionable y estrafalario como Silvio Berlusconi! Como ha dicho, lúcidamente, el periodista Enric Juliana, no es cuestión de llamar «franquismo» a todo lo que no nos gusta: «No hay que confundir cristalizaciones oligárquicas con el franquismo. Porque cristalizaciones oligárquicas las hay por todas partes. Cuando Giscard d'Estaing tiene negocios con diamantes en África, ¿eso que era? ¿Que Giscard era de Pétain, del régimen de Vichy? No. Era un presidente republicano francés».⁵

El caso es que se acaba diciendo una cosa y la contraria. La justicia es franquista, pero después resulta que la exhumación de Franco se ha realizado con la aprobación del Tribunal Supremo. ¿En qué quedamos entonces? Antes, la izquierda tendía a presentar la Amnistía de 1977 como una ignominia porque había permitido, supuestamente, la impunidad del franquismo. Últimamente, en cambio, esa misma izquierda utiliza el 77 como modelo porque así puede legitimar la amnistía concedida a los independentistas catalanes.

Pese al florecimiento de una historiografía de signo contrario, persiste con un fuerte arraigo la idea de que España es un país «dife-

⁵ Faber, *Franco desenterrado*, pp. 121-122.

rente», donde siempre pasan cosas que en una nación «normal» serían impensables. Esta forma de pensar parte de la comparación entre lo peor que tienen los españoles y lo mejor de otras naciones aparecen idealizadas sistemáticamente. Se recuerda, con razón, que en Santiago de Chile existe un espléndido museo sobre la dictadura y que nosotros no tenemos nada parecido, pero se pasa por alto la pervivencia en democracia de la constitución pinochetista.

Algo similar sucede cuando se pone el ejemplo de la Sudáfrica de Nelson Mandela y no se habla de las críticas que recibió el gran líder por no propugnar el castigo que merecían los blancos racistas. Con este tipo de comparaciones tendenciosas, lo que se genera es una visión hipercrítica que la derecha y la ultraderecha tratan de combatir con una exageración de signo contrario, la leyenda rosa. Parece que nos cuesta mirar nuestra historia sin delirios de grandeza ni complejos de inferioridad.

Si antes la Transición había sido un punto de referencia, ahora se la denuncia como algo peor que un desastre: un fraude. Se multiplican las voces que denuncian su falta de ejemplaridad. La crítica es, en el fondo, espantosamente trivial. ¿Qué hecho histórico es «ejemplar»? ¿La Revolución francesa con sus guillotinas o la Segunda Guerra Mundial con el bombardeo de Dresde? La democracia realmente existente se descalifica en nombre de una democracia ideal que, de hecho, no existe en ninguna parte. La democracia española es manifiestamente mejorable, por supuesto, pero... ¿cuál no lo es?

Se supone que España tendría que haber asumido su pasado y castigar a los responsables de las antiguas barrabasadas. Sí, pero... ¿en qué país se ha aplicado alguna vez la justicia total? Aunque Alemania tuvo sus juicios de Nuremberg, su proceso de desnazificación no estuvo libre de sombras. Las necesidades políticas del momento se impusieron, en más de una ocasión, sobre la pureza de los principios. Konrad

Adenauer, aunque fue claramente antifascista, se abstuvo de ser en exceso riguroso con los cómplices del Tercer Reich. Sabía que una política demasiado estricta acabaría perjudicando a los votantes de su partido, la CDU, de tendencia conservadora. En palabras de Henry Kissinger, uno de sus biógrafos, «limitó el proceso de desnazificación a una cifra que fuera políticamente manejable y defendió menos el castigo que la reconciliación interna y la compensación a las víctimas supervivientes del Holocausto».⁶ Por otra parte, no deja de ser llamativo que su jefe de gabinete, Hans Globke, hubiera intervenido en la elaboración de las leyes raciales promulgadas por el régimen hitleriano.

Veamos las críticas a la Constitución del 78. Tendría, entre otros pecados, el de reconocer la unidad de la nación española. ¿Sería mejor, tal vez, que las autonomías fueran soberanas y pudieran ejercitar cuando quisieran su derecho a la autodeterminación? En Estados Unidos esa es la situación, sobre el papel, de sus diferentes estados. Solo que, cuando algunos de ellos quisieron llevar la teoría a la práctica se montó ese formidable conflicto conocido como «guerra de secesión». Desde la óptica independentista, Abraham Lincoln debe ser un tirano, puesto que no dejó que el Sur se marchara de la Unión, y el discurso de Gettysburg una infamia. Parece que, para ser progresista, solo se puede criticar al gobierno central. Si las administraciones autonómicas exhiben sus mismos vicios, corramos un tupido velo. Está bien criticar a Madrid por no reconocer la plurinacionalidad del Estado, pero no a la Generalitat por presentar una Cataluña unida tras las aspiraciones independentistas que solo existe en su imaginación. La doble moral, una vez más, se convierte en el fundamento de la praxis política.

La Transición habría sido un invento de las élites franquistas para cambiarlo todo sin que nada cambiara. La izquierda, supuestamente,

⁶ Kissinger, *Liderazgo*, pp. 55-56.

no habría tenido ningún papel. El problema de esta teoría es que nada dice del protagonismo de tantas voces progresistas que lucharon, en los años setenta, para la reconciliación. Fue la gente del PSOE y del PCE la primera que defendió la Amnistía. Otro asunto es que, cuarenta años después, sus herederos no se sientan identificados con sus decisiones. Con tanto tiempo de por medio, sacar a un país de una dictadura de cuarenta años, sin que medie otro conflicto civil, parece cosa muy fácil. Se olvida así que, en un contexto incierto, todos tuvieron que hacer concesiones. Carrillo aceptó, sí, la enseña rojigualda, pero la monarquía reconoció legitimidad republicana cuando Juan Carlos I, en su viaje a México de noviembre de 1978, saludo a Dolores Rivas, la viuda de Manuel Azaña. Las dos Españas, así, se lanzaban señales pacificadoras. Si en 1980 los restos de Alfonso XIII se enterraron en El Escorial, en 1981 llegaba a España el Guernica de Pablo Picasso, un potente símbolo antifascista. La Transición, como ha dicho Juan Francisco Fuentes, «reunía de esta forma memorias y símbolos en un imaginario a la carta en el que cada cual podía reconocerse, al menos en parte».⁷

Se dice que la Transición fue una gigantesca apología del olvido, como si desde entonces, no se hubieran publicado una inmensa cantidad de libros sobre la Segunda República, la guerra civil y el franquismo. Santos Juliá, con gran acopio de datos, combatió este mito de la amnesia por el que la dictadura habría perdurado hasta nuestros días. Así, en lugar de una «conspiración contra la memoria», descubrimos que el pasado reciente estuvo de actualidad desde el principio de la democracia. El tema de las fosas, por ejemplo, aparece ya en un reportaje publicado por la revista *Interviú*, en 1977, acerca de La Barranca, donde reposaban 2.000 riojanos. La editorial

⁷ Véase la voz «Transición» en Fuentes, Juan Francisco; Rueda Laffond, José Carlos (dirs.), *Diccionario de símbolos políticos y sociales del siglo XX español*, p. 659.

Planeta, por su parte, publicó en la colección «Espejo de España» gran cantidad de libros sobre la República y la Guerra Civil, escritos por gente de todo el espectro ideológico, de derecha a izquierda. Los mismos temas aparecían en las revistas de divulgación histórica de la época, por entonces en auge, como *Historia y Vida*, *Historia 16* o *Tiempo de Historia*.⁸

Hay que tener en cuenta, por otro lado, que aquellos que estudiaron bajo la dictadura no estuvieron marcados necesariamente por la historia oficial del régimen. En la Universidad, como ha recalcado Ricardo García Cárcel, los estudiantes tuvieron acceso a puntos de vista renovadores. El magisterio que ejerció desde Barcelona Jaume Vicens Vives demuestra que, ya en plena dictadura, otro acercamiento al pasado era posible.⁹

¿Olvido histórico? La memoria del pasado reciente determinó muchas decisiones concretas. En 1931, elecciones municipales tuvieron lugar antes que las generales. Eso, según el rey Juan Carlos, se debió a un error cometido por su abuelo, según manifestó en una reunión en Estados Unidos celebrada al más alto nivel.¹⁰ Para no provocar otro desastre electoral, las generales se celebraron en 1977 y las municipales tuvieron que esperar a 1979. Para la izquierda, no era este el orden más beneficioso. Según el socialista Enrique Tierno Galván, esta era una de las trampas de la Reforma política.¹¹

En la actualidad, los estudios sobre la represión han experimentado enormes progresos. El movimiento por la memoria his-

⁸ Juliá, «Presencia de la guerra y combate por la Amnistía en la transición a la democracia», pp. 90-92.

⁹ García Cárcel, *La herencia del pasado*, p. 36.

¹⁰ Memorandum of Conversation, 2 de junio de 1976. National Archives, Washington.

¹¹ «Debate en el Club Convergencia sobre *Situación política y elecciones*». Ya, 24 de noviembre de 1976.

tórica ha permitido localizar numerosas fosas en las que estaban enterrados muchos republicanos, de forma que sus familias, por fin, han podido saber donde reposaban sus restos. Sin embargo, esta lucha, benemérita en muchos sentidos, no está exenta de críticas. Un historiador nada sospechoso de veleidades conservadoras, Francisco Espinosa, uno de los especialistas que más ha hecho para sacar a la luz la violencia de la dictadura, señalaba la tendencia de ciertas personas y asociaciones a querer demostrar que su provincia había contado con más víctimas de los demás. Desde el nacionalismo abertzale, por ejemplo, se quiso probar que el País Vasco había sufrido más que otros territorios. La realidad era justo la opuesta. En comparación, los vencedores de la guerra civil se habían ensañado aquí menos que otras zonas, como Extremadura o Andalucía.¹²

Hay familias que, con perfecto derecho, quieren recuperar los cuerpos de sus seres queridos. Otras, por el contrario, prefieren dejar las cosas como están. Es el caso de los parientes de García Lorca. Uno de sus sobrinos, Manuel Fernández Montesinos, declaró que lo que había que hacer con el poeta era leerlo y saber por qué estaba en una fosa común. La exhumación, desde su punto de vista, no era necesaria para saber que los golpistas de 1936 «eran unos criminales».¹³ Ian Gibson, el famoso biógrafo del escritor, ha expresado sus críticas por la falta de colaboración de la familia en el movimiento por la memoria histórica, pero... ¿quién es nadie para decir a otras personas lo que no tienen o no tienen que hacer con los de su sangre? Gibson confunde un derecho con un imperativo moral.¹⁴

Faltaría, supuestamente, una política de memoria sólida que nos llevara a la auténtica reconciliación. Pero... ¿Es este el camino autén-

¹² Espinosa; Portilla; Viñas, *Castigar a los rojos*, p. 42.

¹³ García Cárcel, *La herencia del pasado*, p. 50.

¹⁴ <https://descubrirelahistoria.es/2018/12/ian-gibson-todos-los-que-amamos-la-obra-de-lorca-tenemos-derecho-a-saber-donde-estan-sus-restos/>

tico para restañar las viejas heridas o solo un acto de fe, una forma más de pensamiento mágico? La Historia apunta hacia la verdad. La memoria, en cambio, se basa en la fidelidad a los antepasados. Por este camino, la necesidad de construir referentes puede llevarnos, con mucha facilidad, hacia la idealización romántica. ¿Quién nos asegura que no acabaremos viendo lo que deseamos ver?

La insistencia en prohibir las apologías del fascismo tiene el peligro de resultar contraproducente, como lo es el prohibicionismo respecto a las drogas. Lo prohibido acaba por resultar fascinador y no sería imposible que los jóvenes, en demostración de rebeldía, acabaran identificándose con unas ideologías antidemocráticas que confundirán con las auténticamente subversivas. Ya lo estamos viendo, por ejemplo, en la forma en que muchos de ellos apoyan a Vox. Cada generación, como es obvio, se opone a la anterior. El Beatle George Harrison contaba que la suya, que no había vivido la Segunda Guerra Mundial, no quería «seguir oyendo hablar de Hitler».¹⁵ En España sucedió algo similar, como bien supo reflejar Jorge Semprún. El personaje de Diego, en *La guerra ha terminado*, arremete contra el mito izquierdista de España, en el que se mezcla el conflicto de 1936 con el teatro de García Lorca: «Yo no estuve en Verdún, ni tampoco en Teruel, ni en el frente del Ebro. Y los que hacen cosas en España, cosas verdaderamente importantes, tampoco estuvieron. Tienen ahora veinte años y no es nuestro pasado lo que les hace moverse sino su futuro».

Un exceso de historia corre el peligro de resultar contraproducente. ¿No corremos el peligro, a fuerza de buenas intenciones, de provocar consecuencias indeseadas respecto al franquismo? Es las redes sociales ya comprobamos con esos mensajes incendiarios que se remiten la guerra civil e idealizan el franquismo a la vez que echan

¹⁵ The Beatles. *Antología*. Barcelona. Ediciones B, p. 201.

pestes contra los supuestos «rojos», que no son, claro está, verdaderos comunistas, sino un constructo de la imaginación ultraconservadora. La lógica de la acción y de la reacción podría llegar a tener efectos perversos, como señala Oriol Bartomeus: «A la impugnación del pacto de la Transición por la izquierda le ha seguido la impugnación del mismo pacto desde la derecha».¹⁶

En otros países, como en Francia, la memoria antifascista no parece haber sido eficaz para detener el auge de la extrema derecha. ¿Qué sucedió para que Pierre Nora llegara a decir que su país estaba «enfermo de memoria»? Tal vez habría que tomar más en serio su afirmación de que la historia reúne mientras la memoria divide. Mientras la historia es una construcción siempre provisional, sujeta a las evidencias, la memoria pretende convertirse en la dueña absoluta de la verdad, por encima incluso de lo que digan los profesionales. El componente afectivo acaba devorando la exigencia de racionalidad.¹⁷ Peor aún, una determinada memoria se considera con derecho a marcar el camino de la política. Lo hemos visto, por ejemplo, con determinadas víctimas de ETA que planteaban exigencias cuestionables. Su drama es, por supuesto, digno de compasión y solidaridad, pero no son ellas las que deben decidir en temas de los que depende el destino común. En caso de enfrentamiento, la demanda de justicia puede conspirar contra la de paz. ¿Hubiera sido posible el fin del terrorismo en Irlanda si los dos bandos se hubieran empeñado en obtener total satisfacción a sus demandas? David Rieff acierta al advertirnos de que no siempre resulta fácil armonizar la paz, la verdad y la justicia. ¿Además, quien nos asegura que las víctimas de hoy no serán los verdugos de mañana? El relato épico

¹⁶ Bartomeus, *El peso del tiempo*, p. 120.

¹⁷ Una interesante entrevista a Pierre Nora en <https://www.lanacion.com.ar/cultura/no-hay-que-confundir-memoria-con-historia-dijo-pierre-nora-nid788817/>

de la Resistencia sirvió para que muchos antifascistas de la Segunda Guerra Mundial acabaran cometiendo atrocidades en Indochina o en Argelia, solo pocos años después. La barbarie del Holocausto, a su vez, no impidió que los judíos trataran a los palestinos con crueldad.¹⁸

El problema para nuestra comprensión del pasado, como bien nos recuerda Francisco J. Leira Castiñeira, es que «la víctima se ha convertido en una suerte de mártir al que no se puede criticar ni tampoco poner en cuestión».¹⁹ Un filósofo, Reyes Mate, ha dicho que el pasado debe repensarse para hacer la justicia a las víctimas y evitar que la barbarie vuelva repetirse. Pero... ¿Y si ambos objetivos, en lugar de ser indisociables, fueran incompatibles? El papel lo aguanta todo. La política práctica, en cambio, exige prioridades y sacrificios.

La memoria, dijo Todorov, puede utilizarse para el bien pero también para el mal. Esto último fue lo que hizo Hitler al insistir, una y otra vez, en la injusticia del Tratado de Versalles. En determinados contextos y por diversas razones, por tanto, el olvido es necesario. Jorge Semprún supo darse cuenta de ello al comprender que, para sobrevivir, necesitaba olvidar la traumática experiencia del campo de concentración. De ahí que uno de sus importantes libros se titule, significativamente, «La escritura o la vida». Una cosa o la otra. No las dos. Como nos advierte Todorov, «sería muy cruel recordarle a alguien sin cesar los eventos más dolorosos de su pasado».²⁰ La gran cuestión, por tanto, es discernir cuando es la memoria lo que nos hace avanzar y cuando necesitamos el olvido.

En España, la insistencia de la izquierda en la importancia de la memoria histórica ha provocado que la derecha reaccione

¹⁸ Todorov, *Los usos de la memoria*, pp. 42-43.

¹⁹ Leira Castiñeira, *Los nadies de la guerra de España*, p. 369.

²⁰ Todorov, *Los usos de la memoria*, p. 20.

con la reivindicación de «la otra memoria», en una operación de rearme identitario. Pío Moa, con *Los mitos de la guerra civil* (2003), consiguió vender 300.000 ejemplares con un descarado reciclaje de los clásicos del franquismo, como Ricardo de la Cierva. Las viejas tesis, sin embargo, se vendían como si fueran nuevas y contaban con el apoyo de un poderoso despliegue mediático. Moa les decía a los conservadores que eran sus enemigos de izquierda, no ellos, los culpables de la guerra civil. El éxito de su libro y de todos los que vinieron después revelaba que había conectado con un segmento social necesitado de legitimarse a sí mismo. Los nostálgicos del Antiguo Régimen disponían ahora de un autor superventas al que presentaban como un investigador honesto que deshacía las supuestas falacias de la izquierda. El suyo, desde esta perspectiva, era un combate contra la historia «oficial» monopolizada por «charlatanes» que constituían, de hecho, la flor y nata de la historia profesional.

Moa, lógicamente, ha recibido multitud de críticas. Es justo que así sea. Pero lo que no es de recibo es sugerir que él, o César Vidal, o Jon Juaristi, deberían estar en la cárcel. Pretender que el código penal castigue opiniones, por cuestionables que sea, significa retrotraernos a tiempos oscuros en los que la verdad se imponía a partir de la fuerza. Una cosa, pues, son las ideas, y otra las actitudes deplorables con las que se pueden defender. Como dice, con toda la razón, Ricardo García Cárcel, «hay muchos historiadores con vocación de inquisidores o de comisarios policiales, lamentablemente, y que, además, en horas libres ejercen como tales».²¹ Esta mentalidad de Torquemada la hemos visto, por ejemplo, en el número de la revista *Hispania Nova*, coordinado por Ángel Viñas, acerca de una biografía de Franco de Stanley G. Payne y Jesús Palacios. ¿Qué este libro resulta discutible? Sin duda. Para decirlo, lo normal es escribir una

²¹ García Cárcel, *La herencia del pasado*, p. 16.

reseña y refutar sus argumentos. Lo que ya no parece tan justificado es dedicar todo un monográfico a esa cuestión, en el que los muchos se ponen a pelear con los pocos. Eso, más que una legítima controversia intelectual, tiene todos los visos de un encarnizamiento.²²

Lo que sufre de esta forma es la convivencia. Se ha partido del supuesto, erróneo, de que los problemas se solucionan cuando la gente tiene a su disposición información objetiva. Si todo se redujera eso, los estancos, llenos de letreros que advierten que «fumar mata», habrían dejado de ser negocio hace ya mucho tiempo. Además, la insistencia en la verdad de los datos revela una lógica tecnocrática que, en casos como estos, se revela insuficiente. La cuestión es política, no académica.

La gente, como comprobamos todos los días, cree lo que quiere creer y deja a un lado todo aquello que no encaja con sus ideas preestablecidas. En un mundo ideal, saber esto sería suficiente para conducirnos a un sano escepticismo. En la práctica, sin embargo, la memoria puede ser una mala consejera. Dejemos que sea el filósofo Manuel Cruz el que nos lo explique: «Casi a modo de principio general, podría sostenerse que una evocación del pasado que nos carga de razón, ratificando el grueso de nuestras actitudes y decisiones pretéritas, es una evocación de la que deberíamos recelar. En primer lugar porque, si solo cumple esta función, no se puede decir en sentido propio que aporte conocimiento, sino que, a lo sumo, nos provee de reconocimiento».²³

Si esa memoria, además de cargarnos de razón, nos infunde un sentimiento victimista, en la que el grupo propio se opone a lo establecido, entonces mejor que mejor. Pienso en una anotación

²² «Sin respeto por la Historia. Una biografía de Franco manipuladora». Número extraordinario de *Hispania Nova*, 2015.

²³ Cruz, *El Gran Apagón*, p. 51.

manuscrita en una edición moderna de la Causa General, el proceso abierto por el franquismo contra la represión en el bando republicano. Según el antiguo propietario de un ejemplar, «los rojos» esconderían una memoria histórica que «no interesa que se sepa». El lector, de esta forma, apela a una especie de conspiración de silencio no tan diferente de la que esgrime en ocasiones la izquierda a propósito del supuesto pacto de olvido de la transición. Desde la perspectiva de este comentarista, que fecha su reflexión en 2014, la represión del régimen no habría sido tal. Donde los republicanos ven «asesinatos», solo existirían juicios con abogados defensores, testigos, y «cientos de fotos y documentación». Como es evidente, existen abrumadoras pruebas que contradicen esta visión idílica. No importa. Lo decisivo es la tentación de buscar solo las opiniones de aquellos que nos dicen lo que queremos escuchar, con la que cualquier posibilidad de diálogo acerca del pasado deviene imposible desde su raíz.²⁴

A los académicos hay que dejarles que investiguen con libertad y concederles los recursos que necesitan. Asunto es muy distinto dejar que sean ellos los que tomen las decisiones porque el conocimiento y la política operan en planos diferentes. El historiador tiene que averiguar la verdad sin preocuparse de ninguna otra consideración. El estadista, en cambio, tiene que conseguir que una sociedad salga adelante. Aunque para ello tenga que contar mentiras, como las contó, por ejemplo, De Gaulle, cuando después de la Segunda Guerra Mundial se abonó al relato de la Francia resistente. Era una construcción mítica, por supuesto, pero demostró una utilidad indiscutible para cohesionar al país y lanzarlo hacia el futuro después de una experiencia profundamente traumática. En este

²⁴ Comentario manuscrito encontrado en mi ejemplar de *Causa General* (Akrón, 2009).

caso, la operación resultó factible porque se apoyaba en la derrota total del Tercer Reich. Pero... ¿Y si ninguno de los dos bandos, como en Irlanda del Norte, ha logrado imponerse por completo al otro? La otra mitad de la sociedad sigue estando ahí y hay que convivir con ella. El término orteguiano de «conllevancia» tiene en la actualidad muy mala prensa. Evoca resignación frente un problema que seríamos incapaces de resolver. Pero... ¿De verdad es tan malo tolerar lo que no podemos configurar a nuestro entero gusto? Lo mejor siempre fue enemigo de lo bueno. Desde esta perspectiva, puede que sea el olvido, y no la memoria, lo que constituya un imperativo ético para nuestra convivencia civil. Olvido, en este caso, significa la renuncia a utilizar a los muertos con fines partidistas. Otro asunto, sin embargo, es el trabajo académico de los historiadores, para lo que no existen o no deberían existir condicionamientos políticos. Para ellos, la elección solo puede darse entre saber y no saber.

Bibliografía

Causa General. La dominación roja en España. La otra cara de la memoria histórica. Astorga. Akrón, 2009.

Bartomeus, Oriol. *El peso del tiempo. Relato del relevo generacional en España.* Barcelona. Debate, 2023.

Cruz, Manuel. *El Gran Apagón. El eclipse de la razón en el mundo actual.* Barcelona. Galaxia Gutenberg, 2022,

Espinosa, Francisco; Portilla, Guillermo; Viñas, Ángel. *Castigar a los rojos. Acedo Colunga, el gran arquitecto de la represión franquista.* Barcelona. Crítica, 2022.

Faber, Sebastiaan. *Franco desenterrado. La Segunda Transición española.* Barcelona. Pasado & Presente, 2022.

- Fuentes, Juan Francisco; Rueda Laffond, José Carlos (dirs.). *Diccionario de símbolos políticos y sociales del siglo XX español*. Madrid. Alianza, 2021.
- García Cárcel, Ricardo. *La herencia del pasado. Las memorias históricas de España*. Barcelona. Galaxia Gutenberg, 2011.
- Juliá, Santos. «Presencia de la guerra y combate por la Amnistía en la transición a la democracia», dentro Beramendi, Justo; Baz, María Jesús (Eds.). *Identidades y Memoria imaginada*. Valencia, PUV, 2008, pp. 85-107.
- Kissinger, Henry. *Liderazgo. Seis estudios sobre estrategia mundial*. Barcelona. Debate, 2023.
- Leira Castiñeira, Francisco J. *Los nadies de la guerra de España*. Madrid. Akal, 2022.
- Molino, Sergio del. *Un tal González*. Madrid. Alfaguara, 2022.
- Todorov, Tzvetan. *Los usos de la memoria*. Santiago. Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, 2013.